

KAPLAN, Adriana: *De Senegambia a Cataluña. Procesos de aculturación e integración social*, Barcelona, 1998, Fundación «La Caixa».

El estilo de hacer trabajo de campo de la autora es pausado en cuanto al tiempo y a las técnicas de obtención de datos, priorizando siempre la relación adecuada que permita el altísimo nivel de fiabilidad que sin duda ha logrado, y es un estilo vertiginoso en lo que se refiere a los lugares y a las distancias, sin el menor respeto por los miles de kilómetros ni por la oportunidad climática, política e incluso personal, de saltar de un país a otro, de una ciudad a otra, para encontrar en su lugar, colocado en su exacto contexto aquello que busca. Es, en mi opinión, el único estudio posible cuando se trabaja con gente que salta, ella misma, que se mueve, ella misma y, sobre todo que integra en sí misma una

vida compartida con las relaciones, ideas, costumbres y afectos de distintos lugares.

Si nos atenemos a las variables y los datos más usados por la literatura común sobre migraciones en Ciencias Sociales, no podemos decir que no estén presentes en el libro de Adriana Kaplan, pero están dispersos porque están subordinados a muchos otros menos frecuentes, algunos sobre vida cotidiana y otros sobre problemas tales como concentración y especialistas sanitarios «tradicionales» y «modernos» o grupos de edad. Esto caracteriza el libro y está muy bien expresado en el prefacio cuando señala que la razón de esta diferencia en él es que lo más importante no son los factores que dan cuenta de procesos que responden al interés planteado por los interrogantes que formulan Estados y Mercados, pero nunca de las personas. Y añade con razón, que esa perspectiva interesada y utilitarista respecto a la investigación que sirve a

esos Estados y Mercados, por sí sola puede oscurecer los cambios culturales reales y sus implicaciones. Yo añadiría que es esa perspectiva parcializadora, desintegrada, la que impide, precisamente, comprender por qué fracasan tan estrepitosamente las intervenciones que se han ido sucediendo desde hace tanto tiempo por esos mismos agentes.

Este libro, por el contrario, habla de personas, de sus aspiraciones, de su forma de ver el mundo, de su intento de transformar y mejorar su vida y la vida de su pueblo y de los cambios y procesos de selección, transformación y creación que constantemente están realizando para lograrlo sin romperse.

El primer descubrimiento de Adriana fue la empatía con un grupo de mujeres con las que compartía ser mujer y ser inmigrante, nacida en una tierra distante y distinta de esta tierra. El segundo descubrimiento fue el darse cuenta de que aquella gente del Maresme era lo que era porque ningún inmigrante nace el día que lo conocemos, como dice Sayad, sino que nace en el origen de su propia historia personal y en cierto modo en la de su país y entorno. El inmigrante es *la* persona, no la *media* persona que nos empeña-

mos en ver. La persona es lo que es aquí porque es lo que era y lo que es allí, por que transporta su biografía, una historia, una cultura y una posición tomada respecto a todo ello. Es por tanto a partir de todo lo que como persona es, a partir de lo que aprende, selecciona, integra, rechaza, inventa, crea y combina. El segundo descubrimiento fue, por tanto, para Adriana el darse cuenta de que nada podía conocerse si partía en dos a la persona y veía solo al inmigrante. Por eso África. Desde el primer viaje quiso entender y aprender, supo que pediría por favor que la enseñaran porque quería aprender. Y desde los conocimientos que le brindaron y desde la experiencia que fue ganando de la vida cotidiana de las familias y aldeas fue construyendo nuevas preguntas y nuevos centros de interés que se irían desarrollando en los últimos viajes y estancias, más especializados, mas vinculados a búsquedas concretas en el campo de la inserción de la cultura de la salud en el conjunto de la cultura variada y variable de Senegal y de Gambia.

De esta forma el libro, sin recoger en absoluto todo el trabajo realizado por Adriana Kaplan, sí es un reflejo nítido

de su propia trayectoria como investigadora con este proceso etnográfico. De la historia, las acotaciones geopolíticas y la reflexión, no siempre totalmente explícita, de la situación político-económica actual, recogidas en múltiples lecturas pero también comentadas y discutidas, vive y construye las líneas maestras del edificio de la vida comunitaria y familiar en las aldeas y ciudades por las que ha pasado, tratando de alcanzar una síntesis de ejes comunes, transculturales respecto a los grupos y subgrupos que constituyen hoy la sociedad y se encuentran y se reconocen aquí como pertenecientes a ella. Vive, comparte, reflexiona y construye así muchas cuestiones relativas al grupo doméstico, las relaciones amplias de parentesco y las tareas y los días que se desarrollan sobre el gran flexible bastidor de la vida comunitaria y los parientes. Poco a poco, conforme pasan los años, aumentan las relaciones, va y vuelve una y otra vez, sus intereses van haciéndose más focalizados, pero siempre en el contexto sociocultural más amplio. Pregunta, observa, construye, vuelve a preguntar y observar así sobre la socialización infantil, los ritos de paso y los temas de salud, por fin.

En esta empresa tan personal, y tan comunitaria a la vez, que es la construcción etnográfica, Adriana combina contextos y fuentes de información bien diversos: los senegambianos, en su situación de inmigrantes en Cataluña y las instituciones que atienden de formas diferentes el delicado juego personal y colectivo de su proceso de instalación y vinculación a esta tierra, tanto las propias asociaciones africanas como ONGs, dispensarios, escuelas de niños y de adultos, juzgados, ventanillas administrativas y cualquier puente tendido o cerrado hacia su presencia plena en Cataluña. Por otra parte las gentes de Gambia, Senegal o Guinea Bisau, sus aldeas y ciudades, sus huertos, comercios, restaurantes, universidades, cercados familiares, pastos y pozos, plantas sagradas, calles asfaltadas, ventanillas de nuevo, hospitales cooperantes, líderes populares y autoridades religiosas locales, cónsules, chavales y madres, sobre todo madres, mujeres ante todo. Ese mundo aparentemente descoyuntado, indudablemente manipulado, lugar de vida cotidiana, pública y espiritual en el que la gente teje el sentido y conecta lo que desde aquí imaginamos inconexo. También atendió Adriana al con-

texto de los grandes hacedores mundiales, el de las instituciones internacionales que actúan en el área, y tuvo la inteligencia y la apertura personal necesarias para saber buscar en ellos a la buena gente que cree en lo que hace o, al menos, que cree que es mejor lo que hace, que lo que sería si no lo hiciera. Discute con ellos, colabora con ellos e intenta introducir, precisamente, aquellos intereses antropológicos y humanos que las grandes instituciones, los grandes Estados y los grandes Mercados han olvidado porque no cuadran con sus intereses. Busca, de nuevo, a las personas entre el imponente andamiaje del remedio internacional para paliar el desastre que él mismo produce. Y encuentra efectivamente personas, siempre las hay, si se buscan, y trabaja con ellas ofreciéndoles el conocimiento amplio de la región que tenía y aprendió de ellos el conocimiento especializado que han ido desarrollando.

Ha sido mucho tiempo, desde 1989 hasta hoy y le ha dado tiempo a muchas cosas. Pero es destacable la continuidad en el interés central de Adriana: los procesos de integración y de aculturación de las personas, «inmigrantes» y «emigrantes» simultáneamen-

te, que portan un equipaje cultural tradicional y renovado para enfrentarse a una situación inédita y difícil por la que han apostado. Es especialmente cuidadosa, llana y sencilla a la vez cuando habla de «tradicional» o de «tradición», anunciando que se emplean ambos términos «en la medida que se vivió así por la población, con independencia de la profundidad temporal real y de los cambios experimentados. También en este sentido el libro es especial. No existe una tradición inamovible a la que se opone un modo occidental desarrollado con el que chocan en Salt o en Girona. Existen mas bien contenidos culturales, relaciones sociales que se implican unas con otras constantemente pero dinámicamente, apareciendo, cambiando, desapareciendo o simplemente ocultándose según el momento y el contexto. Y esto no ocurre al llegar a Cataluña, sino que ha ocurrido siempre y está ocurriendo en los cercados y aldeas, pero sobre todo en las ciudades, en las zonas que son polos de atracción para las migraciones en el seno mismo de Senegal y de Gambia y de toda África, de manera que el juego temporal y contextual de lo tradicional es un juego constante y la tradición no es sino

el punto de inflexión sentido por última vez. Es desde ahí donde se sitúan en Salt, a veces después de muchos escenarios diferentes de muchos cambios, adaptaciones y readaptaciones. Y es ahí donde es necesario situar la aculturación, como proceso que resiente el desarraigo al que se arraiga y que teme la integración que desea vehementemente. Una integración entendida como ser uno quien es y quien se construye, poseedor de un estatuto cívico completo que le faculta para moverse en el contexto social, económico y político de un Estado, sin más limitación que las comunes a otros ciudadanos. Para esta integración la aculturación es necesaria, de ahí el interés de Adriana por temas tan sensibles como la educación o la planificación familiar o las instituciones de la salud. Pero esta integración en absoluto requiere un lavado, una transformación cultural ni identidad, no lo requiere al menos, o al menos no debería requerirla, en una sociedad que presume de democrática pero sin ser capaz de olvidar su propia tradición autoritaria y dogmática: en el sentido que he dado

antes a tradición, su último punto de inflexión. Esa misma aculturación seleccionada, se combina, se adapta y se enfrenta, unas veces, o se mezcla fluidamente otras, con un bagaje cultural previo al aeropuerto de Prat. Adriana se tira de cabeza en aguas muy profundas llenas de las formas de construir la convivencia, separar las generaciones, rezar, y construir las líneas dotando de significados y relaciones a la vida colectiva y su vinculación a la historia.

Tienen en sus manos un libro de etnografía tejido con mimo durante años. En él existe una riquísima aportación al conocimiento de unos ciudadanos ignorados que trabajan en este país, que educan en él a sus hijos, que desde él añoran sus pueblos y a sus familiares y amigos, que van y vuelven sembrando de vías, puentes, cuerdas y nudos dos mundos de una forma nueva. Es un libro que ofrece un gran conocimiento, que invita al acercamiento y que baña sus páginas con la frescura de una experiencia reflexiva vivida con pasión.

Teresa SAN ROMÁN